

Aldous Huxley en México

Por ANTONIO CASTRO LEAL

(Envío del autor.—Es un recorte de la revista *Cima*, México, D. F., marzo, 1942).

En la mente popular la palabra *viajero* suscita la visión de un súbdito británico, a veces vestido de un modo pintoresco. El inglés, que empezó a viajar por necesidades económicas y políticas, ha acabado viajando por placer. Se siente en el mundo, geográficamente, *at home*. Trota por el globo, cruza de uno a otro continente, visita ruinas y ciudades exóticas, comprueba maravillas naturales, sigue el curso de los ríos y el rastro de las fieras, escala las cumbres más altas y se interna en los hielos solitarios. No es raro que ocupe sus cortas vacaciones en darle la vuelta al mundo. En el ferrocarril trasandino, yendo de Santiago de Chile a Buenos Aires, me encontré a un inglés que sólo llevaba un día de retraso en un viaje que había planeado en su oficina de Londres y que incluía muchas jornadas a lomo de bestia por las regiones más abruptas del Ecuador y del Perú.

Se dice que el francés no sabe geografía; pero el inglés es a veces lo único que sabe. Cuando está fuera de su patria, lo mismo vivo que muerto, habrá, donde esté, según dice la poesía de Rupert Brooke, "un rincón de una tierra extranjera que será siempre Inglaterra":

*That there's some corner of a foreign land
that is forever England...*

Porque el inglés levanta a su alrededor, con muerto, habrá, donde esté; según dice la poesía cional; en los desiertos del mundo, vive siempre en un oasis británico. Logra imponer, dondequiera que éste, las costumbres, las diversiones y las comodidades que se estilan en Inglaterra. Manda traer de las islas británicas su licor, su tabaco, sus periódicos y, cuando llega la edad de casarse, su novia. Viaja siempre llevando consigo una colección de juicios y de prejuicios *made in England* que le impiden ver, como una niebla londinense, la realidad que le rodea.

Estas observaciones las provocan y, en gran parte, las justifican las páginas que el ilustre escritor inglés Aldous Huxley dedicó a México en su libro *Beyond the Mexique Bay* ("Chatto and windus"; Londres, 1936). Después de un viaje por el Caribe entró a Guatemala; en Champerico se embarcó para Puerto Angel, en el Estado de Oaxaca. De aquí siguió en auto hasta Pochutla; continuó a caballo hasta Progreso, y, después de un descanso, a Miahuatlán. Antes de llegar a este lugar esperaba a los viajeros un auto que los condujo a Ejutla y luego a Oaxaca. Durante su estancia en esta ciudad, Huxley visitó Monte Albán, Etla y Mitla, y, de camino a México, se detuvo en Puebla y en Cholula. En la capital permaneció algunos días y tuvo oportunidad de visitar Taxco. La parte del libro consagrada a México ocupa las últimas ochenta páginas. Pero no todas se refieren a nuestro país: el famoso ensayista inglés, víctima de su profesión, suele ponerse a discutir cuestiones dogmáticas que lo alejan del paisaje y de la vida mexicanas.

Pochutla le parece un pueblo fantasmal, hundido en el polvo hasta la rodilla. En la plaza algunas mujeres ofrecen sus miserables mercancías: una docena de tomates, o tres plátanos, o unos pedazos sanguinolentos de carne que asedian las moscas. En el centro de la plaza, el quiosco de la banda se yergue como un sustituto psicológico de necesidades más imperiosas: el hospital, el agua potable, las obras de saneamiento. Huxley abandona Pochutla dedicado a reflexiones sobre el incendio de los bosques y el gusto de los indios por los fuegos de artificio. El camino que va a Progreso hace un rodeo sobre la falda de un volcán apagado. Una selva opulenta y organizada, como "un vasto ensayo



de un paisaje de jardines tropicales", le hace recordar a dos poetas ingleses: al suntuoso Milton y al ordenado Pope, de quienes cita sendos trozos. ¿Cuál será el método para describir ese paisaje exuberante y disciplinado? Le parece que Pope, aunque peca de esquemático, señala el mejor camino. "Una descripción adecuada de este paisaje paradisíaco tendría que entretejer estrechamente sus frases, como el follaje de la selva que quiere pintar; tendría que estar recargada de repeticiones y al mismo tiempo movida por antítesis para poder expresar simultáneamente la inmensa monotonía de la selva y sus enormes contrastes, todas esas variaciones infinitas de la naturaleza sobre unos cuantos temas sencillos". Esta receta lo dispensa de la descripción, y una vez pasado el entusiasmo retórico, piensa con desencanto que aquel paraíso es solamente un pedazo insalubre y atrasado de México.

Llega a Progreso. En una finca de café se le ocurre que si este grano y el té no se cultivaran en regiones del globo donde los salarios de los trabajadores son tan mezquinos, esos estimulantes se clasificarían entre los artículos de lujo sólo al alcance de los millonarios. Parte a caballo antes del alba. Es fresco y perfumado el amanecer, y su agradable sensación se traduce en un recuerdo literario:

*Grain de musc, qui gis, invisible,
au fond de mon éternité...*

Asciende dos mil pies desde Progreso y luego baja a quinientos para cruzar un río. Empieza de nuevo a subir, y durante cinco horas serpea por caminos empinados. Al mediodía llega a San Pedro, un pueblo luminoso y frío, recortado sobre el horizonte a diez mil pies sobre el nivel del mar.

A la mañana siguiente deja San Pedro, y, después de cabalgar cuatro o cinco horas, aborda el auto que lo espere para llevarlo a Miahuatlán, ciudad miserable y semi-destruida. A partir de aquí empieza Huxley a dejar entrever lo que piensa de México. Son horribles las ciudades industriales de Lancashire o del Ruhr, pecan por comisión; pero Miahuatlán es desolado, vive la

vida primitiva de la yerba, peca por omisión. ¿Qué habrá visto Lawrence en esa vida casi vegetal del hombre primitivo? El retorno a la vida primitiva—reflexiona Huxley—es impracticable y equivocado. De las grandes ciudades industriales quisieron escapar los Ruskin y los William Morris para refugiarse en un pasado pre-industrial. Y ese pasado está allí, ahora, en México, y los Ruskin y los Morris de Nueva York no necesitan ya imaginar nada; un avión puede llevarlos, en unas cuantas horas, a un México del siglo xv.

Es exagerada—según Huxley—la admiración que muestran los Estados Unidos por todo lo mexicano o todo lo indígena de México. Se escriben demasiados libros sobre nuestro país. "Para esos escritores, el México de los indios es algo más que una realidad geográfica y sociológica: es el lugar donde se cumplen sus anhelos y donde se corrigen los males insufribles del mundo civilizado". Pero ese mexicano que ven los yanquis es nada más un ser imaginario y simbólico tanto como lo fueron, en los tiempos de Voltaire, los persas o los chinos de las fantasías satírico-políticas. Estudia luego el libro de Stuart Chase sobre México, del que desprende una cuestión que discute largamente: ¿podrá el indio mexicano, sin perder sus características fundamentales, asimilar virtudes y modos de vida yanquis? Le parece que no. "Es evidente que muchas virtudes primitivas son incompatibles con el urbanismo y el industrialismo, con el desarrollo de la conciencia en el individuo, con la educación por medio de métodos científicos y con el aumento de la prosperidad material". Pero a pesar de todo, este incurable civilizado, acaba por confesar que a los hombres civilizados les convendría tener algo de "la plenitud humana del primitivo".

Con todas estas meditaciones ya vamos, sin sentirlo, camino a Ejutla. "Un magnífico paisaje que se mira con un vuelco del corazón: hay algo profundamente aterrador en esta inactualidad infinita del paisaje mexicano". En una iglesia ruinoso se levanta sobre la cúpula la estatua "realmente encantadora" de un ángel que vuela. Es una obra indígena, primitiva, extraña, con incongruentes toques barrocos, pero bella. Nuestro viajero llega al fin a Oaxaca. Visita la iglesia de Santo Domingo, que le parece, a pesar de los pillajes, "uno de los templos más extravagantemente suntuosos del mundo". La ciudad no le agrada. Las páginas que debería de haberle dedicado las emplea en discutir el problema de si el arte popular tiene un valor estético o simplemente un valor psicológico, social y económico. Aunque ese arte suele ser de excelente calidad resulta inferior a las obras del gran artista. Agrega que lo único que puede suplir al talento personal es una sana tradición artística, y que el arte popular moderno es mediocre y vulgar (pág. 269) debido al aumento de población, al progreso de la técnica, a la elevación del nivel de la vida y, finalmente, al desarrollo de nuevas y más poderosas formas de expresión. Después de estudiar cada una de estas causas resuelve, rontra lo que había afirmado antes, que "el arte popular es a veces mediocre o insignificante, pero nunca vulgar" (pág. 273). No es vulgar, pero acabará por caer fatalmente en la vulgaridad (pág. 279), y entonces lo mejor será educar a una minoría que sea capaz de apreciar las actividades más altas del espíritu.

Y después, la visita a Monte Albán, a Etla